

VIETNAM: LA DEBILIDAD DE LA FUERZA

LOS bombardeos han cesado, las conversaciones de negociación se reanudan en París (en sus dos niveles: Kissinger-Le Duc Tho y las delegaciones que habitualmente se reúnen desde hace cuatro años) y Nixon dice que es pesimista —aunque no del todo— acerca de un resultado positivo: la mortal broma continúa. Ziegler —portavoz oficial de la Casa Blanca— ha dicho que en la presidencia se esperaba que los delegados vietnamitas se mostrasen ahora «más serios» que en la etapa anterior de las negociaciones. Expresión desdichada.

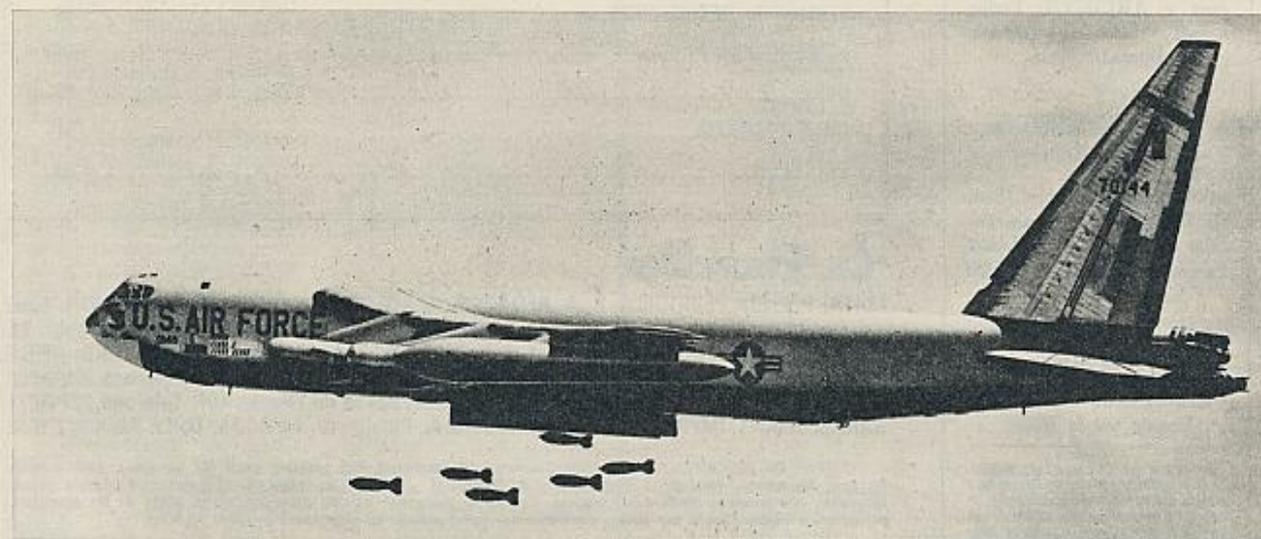
¿HAN podido servir los bombardeos sobre Hanoi y Vietnam del Norte para producir una «seriedad» en un interlocutor como el vietnamita? ¿Le van a inducir a unas concesiones mayores que las ya adquiridas, que es lo que verdaderamente se quiere indicar con esa expresión? Todo parece indicar que los nuevos y brutales bombardeos de esta temporada han sido un fracaso para los Estados Unidos en por lo menos tres aspectos: el militar, el diplomático y el popular. Una de las versiones que más circulan estos días es la de que los bombardeos no se han suspendido para que se puedan continuar las negociaciones de París, sino que éstas se han reanudado para tener un pretexto de suspender los bombardeos. Los B-52, costosísimos aparatos de bombardeo, han resultado muy vulnerables a los sistemas antiaéreos soviéticos que defienden Vietnam del Norte —y que, según parece, están instalados en algunos lugares del Sur, igualmente—. Las cifras oficiales de Washington —aunque no queremos tomar en consideración los partes de aviones derribados que emite Hanoi— indican que en cada operación regresan a sus bases del 95 al 99 por 100 de los B-52 enviados. Dicho de otra manera, por cada cien B-52 aviones enviados, caen entre dos y cinco. La operación aparece escasamente rentable. Sobre todo si se tiene en cuenta que el total de aparatos B-52 que hay en los Estados Unidos es de unos cuatrocientos, y que la mayor parte de ellos los tienen destinados en otros sectores que, según los planes del Pentágono, no pueden quedar desguarnecidos. Por otra parte, la capacidad de estos aparatos para destruir objetivos militares de los que se pueden encontrar en Vietnam del Norte, y con bombas convencionales, es muy relativa: son objetivos pequeños y dispersos, generalmente móviles —parece que Vietnam del Norte tiene ya una considerable maestría en desplazar ciertas fábricas— en los que hay que acertar a una velocidad de 800 kilómetros por hora. Esta limitación del B-52, ideado en principio para grandes bombardeos atómicos y para importantes concentraciones industriales, operaciones en las que no se requiere una precisión milimétrica, es precisamente la que alega Washington como disculpa por los daños civiles que causa, por las destrucciones en Embajadas extranjeras —hace tiempo, la francesa, donde murió el encargado de Negocios: en esta nueva ola, las de India, Bulgaria, RDA y Cuba—, en hospitales y en barriadas populares.

COMO estas posibilidades se suponen calculadas desde antes de la operación —en caso contrario, fallarían gravemente los cerebros militares de los Estados Unidos, humanos o electrónicos—, hay que imaginar que la operación está calculada, primero, para un breve plazo, en el

que la inversión del B-52 fuese soportable; segundo, con un cierto desinterés por los objetivos militares, o, dicho de otra forma, con un interés directo por los objetivos civiles. Bombardeos de terror. Un terrorismo clásico en las últimas guerras: el mismo que llevó a los alemanes a la destrucción de Coventry y los bombardeos de Londres por las V-2, y a los aliados en sus tremendos bombardeos terroristas de Dresde y Hamburgo. Es decir, llevar a las poblaciones civiles a la desesperación y a la angustia, y reclamar de sus dirigentes la terminación de la guerra, la entrada en negociaciones. No hay ningún síntoma visible de que en Hanoi haya sucedido así, aunque eso es lo que parecen indicar los medios oficiales de los Estados Unidos cuando dicen que esperan que los delegados de Vietnam sean más «serios» en la nueva negociación. Pero el pesimismo de Nixon hace suponer que la presión terrorista no ha causado su efecto.

LA otra cara de la cuestión es la diplomática. La Unión Soviética ha reaccionado prácticamente suspendiendo la visita que Brejnev debía realizar a los Estados Unidos en la primavera próxima; Chu En-Lai ha advertido que la nueva ola de bombardeos puede bloquear la «naciente amistad» entre Estados Unidos y China. Más inquietante puede ser la reacción de países más próximos, aliados antiguos de Estados Unidos. La propia prensa de los Estados Unidos no disimula el alcance de la crisis diplomática. En un editorial del «Times» de Nueva York se dice que las acciones de guerra ordenadas por Nixon «han horrorizado al mundo civilizado». En «Newsweek», que los bombardeos masivos han sido acogidos con «una ola de protesta internacional». «Un acto de loca ferocidad», titula en Londres el «Daily Mirror» —que no es un periódico político, sino popular y de enorme tirada—; «Nixon quiere pasar a la Historia como uno de los más sangrientos y mortíferos Presidentes de los Estados Unidos», dice el «Guardian» —que es laborista, generalmente moderado—. En Alemania Federal, el «Frankfurter Allgemeine Zeitung» dice que el bombardeo «es un juego innecesario y cruel», y en París, el «Figaro» —conservador— se pregunta si el honor de los Estados Unidos no ha sido dañado por «la destrucción de un país ejecutada con fría determinación».

EN el aspecto de la repulsa popular interior, Nixon se enfrenta otra vez con el Congreso. El Congreso es prácticamente nuevo. Ha sido elegido en gran parte en la votación de noviembre —en la misma en que Nixon fue reelegido Presidente— y mantiene una mayoría de la oposición demócrata. Teóricamente entró en funciones el 3 de enero, pero no tomará ninguna decisión importante hasta el 20; es decir, hasta que el Presidente Nixon entre oficialmente en su segundo mandato presidencial. En estos días, el Congreso ha advertido ya que está dispuesto a tomar decisiones que impidan la guerra de Vietnam, como es la de no votar los créditos militares necesarios para ella. No han sido solamente los demócratas, sino algunos miembros importantes del partido republicano los que han iniciado esta nueva protesta. Han lanzado prácticamente un ultimátum: si antes del día 20 no hay paz, o una tregua satisfactoria y larga que la haga posible, iniciarán en el Senado y en la Cámara su ba-



Uno de los gigantes bombarderos americanos B-52 lanza su carga de bombas sobre Hanoi.



Soldados norvietnamitas sobre los restos de uno de los B-52 derribados por su artillería antiáerea en la provincia de Binh Phu, a veinte kilómetros de Hanoi.



Tras el bombardeo, el recuento de las víctimas, cuya identificación sólo es posible —como en el presente caso— a base de tomar las huellas digitales.

talla abierta contra la Presidencia. Hay que advertir que el Presidente tiene en sus manos, según la Constitución, medios suficientes para continuar la guerra a pesar del Congreso, pero que esta insurrección abierta de los representantes del pueblo puede serle muy dura. Nixon sabe que difícilmente puede gobernar el país si mantiene esta enorme tensión en la sociedad. Como hemos dicho muchas veces, el Presidente no parece tan dueño de sus actos como para dar la imagen que sin duda desea, como para llegar a una paz que le abriría el camino de la Historia, con el que sin duda sueña.

TODO lo dicho parece centrar la idea de que la negociación iniciada el lunes 8 en París puede mostrar a unos vietnamitas efectivamente presionados por el miedo al terrorismo aéreo, aunque no nos lo parezca a nosotros; pero que, sobre todo, quien acude en peores condiciones es Kissinger y la delegación de Estados Unidos. Con un país tanso, un Congreso amenazador, un riesgo en la deterioración de la apertura hacia la URSS y China —que es fundamental en su etapa política actual— y una crisis de confianza y credibilidad en el mundo occidental, mientras está pendiente de una importante serie de negociaciones de coexistencia —la conferencia de seguridad y cooperación en Europa, las SALT—, y con la noción de que verosimilmente los bombardeos a tan alta escala se deben reanudar, Kissinger es lo más lejano que se pueda imaginar a la idea que se quiere dar desde Washington. Es decir, la del hombre que tiene intactas las iniciativas. Muchas veces, lo que se llama «una posición de fuerza», por la exhibición de poderío o de dureza, es la posición más débil.

TIENE razón Nixon cuando, reunido con los congresistas el viernes pasado —para responder a las acusaciones del Congreso— se mostró pesimista y dijo que ha aceptado las nuevas negociaciones «porque nunca se pierden del todo las esperanzas». La paz está lejos. Pero la guerra, por lo menos por parte de los Estados Unidos, parece cada vez más imposible de continuar. En octubre estaba «al alcance de las manos», como dijo Kissinger en una frase que luego le ha sido mil veces reprochada; pero realmente lo estaba. En enero va a ser más difícil, más costoso, más penoso. No imposible, porque precisamente lo imposible es que la guerra continúe, y no hay ya camino de vuelta. La brutalidad de los bombardeos de diciembre lo ha hecho así.

SADAT Y LOS ESTUDIANTES

El 29 de diciembre, la tensión en los centros universitarios egipcios se agudizó por la detención de un número elevado de estudiantes. Comenzaron a producirse disturbios, que culminaron en enfrentamientos de gran violencia el 3 de enero; el 5, las autoridades cerraron todos los centros universitarios del país, adelantando, sin previo aviso, en ocho días las vacaciones —que deben terminar, según el calendario escolar egipcio, el 26 de enero—; detuvieron a medio centenar de estudiantes y publicaron notas oficiales y oficiosas atribuyendo la responsabilidad de los sucesos a «personas ajenas a la Universidad» y a «minorías muy reducidas», advirtiendo a los estudiantes que, con su actitud, están sirviendo «a los intereses del imperialismo».

El movimiento de El Cairo, su represión y su contrapropaganda, tienen, por lo tanto, características muy similares a los que han agitado numerosos países del mundo, de muy distinta condición política, social y económica —Francia, Yugoslavia, Estados Unidos, Italia, Checoslovaquia, México— en la década de los sesenta y que hoy parecen notablemente disminuidos, aunque la tensión, la incomunicación entre los jóvenes y las capas senatoriales y directivas de las sociedades, sigan siendo elementos muy visibles y muy característicos de nuestro tiempo. Pueden reaparecer con cualquier motivo. Por ejemplo, en Francia, con el caso Mercier (la joven profesora de Filosofía que habló de cuestiones sexuales en clase y fue denunciada por el padre de una de las alumnas, coronel del Ejército) tiene a punto de huelga a estudiantes y profesores.

De una manera genérica, por tanto, el caso egipcio puede equipararse a otros en su sentido de indicio y repetición de algo: que de alguna manera se ha roto en el mundo la continuidad de las edades. Pero la facilidad del esquema y de las fórmulas políticas empleadas, no debe hacernos olvidar la peculiaridad del caso egipcio: un país frustrado dos veces —por la suspensión de la guerra y la paz, que impide una organización de la sociedad en un sentido o en otro; por la muerte y la sucesión de Nasser—, con una revolución realizada a medias, con unas vacilaciones políticas en las elecciones de caminos que generalmente se resuelven con la represión, la censura y los impedimentos para su propio pueblo. El manifiesto emitido por los movimientos juveniles pidiendo la solidaridad mundial —la misma, dicen, que se ha elevado en favor de Vietnam y de la resistencia palestina—, emite las acusaciones que son también habituales en los movimientos contestatarios —contra el terror policiaco, contra el nuevo fascismo, contra la opresión a la democracia—, pero expresa muy rotundamente su programa político inmediato: «La juventud de Egipto quiere ejercer su derecho legítimo y pasar a la acción para expulsar a los ocupantes, acabar con el terror y edificar la democracia en beneficio de todos los egipcios». Es decir, que hace suya la bandera de la continuación de la guerra contra Israel hasta expulsarlo de los territorios ocupados. Esto hace que puedan sumarse a la situación fácilmente otras clases de edad que mantienen una posición semejante, y mucho más próxima a los puntos de vista de las organizaciones palestinas que a los del Presidente Sadat. Este ha calificado ya esa tendencia de «izquierdismo aventurista», pero la calificación es demasiado fácil mientras no demuestre que por su propia vía puede recuperar los territorios perdidos y contribuir a la solución del problema palestino. Algunos periódicos de El Cairo (aunque no, naturalmente, el oficioso Al Ahram, que condena el movimiento) han dejado ya entender que los estudiantes no son agitadores ni están manejados desde el exterior, sino que obedecen a un impulso patriótico.

Con las Universidades cerradas y ocupadas por la Policía, las vacaciones hasta el 26, y los estudiantes más comprometidos en la cárcel, en espera de una decisión de procesamiento que puede hacerse esperar durante bastante tiempo, el tema está momentáneamente sofocado; pero la tensión de fondo, no. Y puede estallar en cualquier momento. ■ J. A.